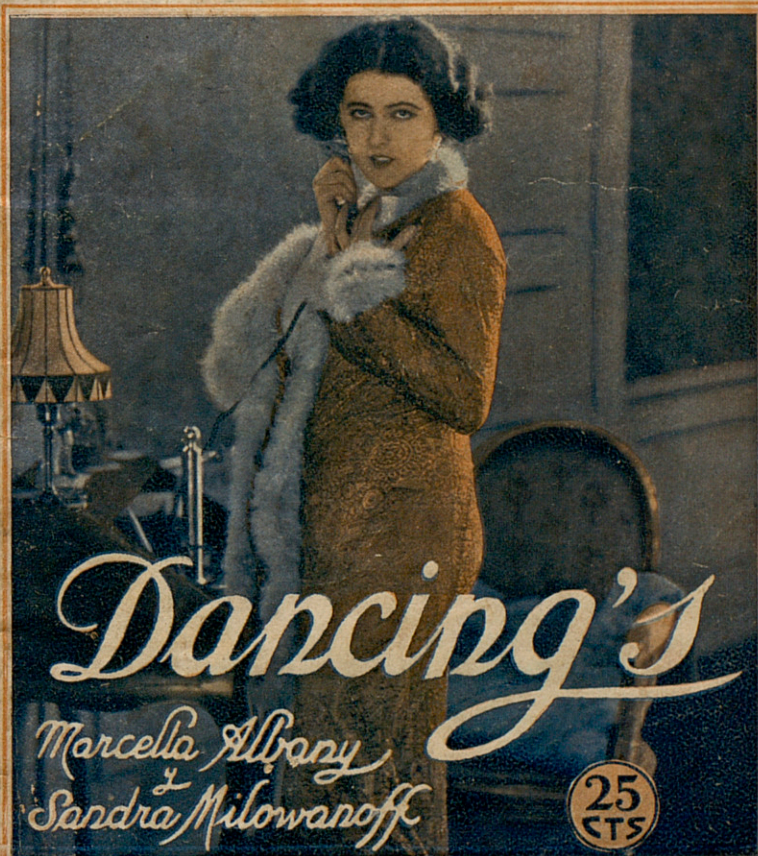


# PELICULAS

*Novela Semanal*



## *Dancing's*

*Marcella Albany*  
*Sandra Milowanoff*

25  
CTS



BASCH, Felix

# PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 32 :: 25 CTS.

Adaptación literaria de la película

## DANCING'S

(MAQUILLAGE, 1926)

Maravillosamente interpretada por

MARCELLA ALBANY, SANDRA MILOWANOFF  
Y ALPHONS FRYLAND

Exclusivas BALART Y SIMÓ

ARAGÓN, 249

::

BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 925: BARCELONA





«Le Paris qui rigole», «de tout Paris» y no pocas gentes de letras, amén de la masa periodística en peso, estaban intrigados con la inauguración del nuevo «music-hall» «Dancing's», que a juzgar por lo que decían cuantos entendidos y profanos habían tenido la dicha de penetrar en el interior de sus muros, iba a ser un templo del arte frívolo como para «epatar» a todos los que hasta entonces venían cultivando tan vistoso género teatral.

En la fachada del teatro, que tenía cierto parecido con el famoso Partenon de la antigua Grecia, destacaba vigoroso un cambiante rótulo luminoso, especie de cinta telegráfica por la que desfilaban las noticias de más actualidad, y entre noticia y noticia, cantaba las excelencias de la revista de inauguración, la tan esperada obra «¡Oh Girls!...» que mostraría a los parisienses una nueva era dentro de la técnica constructiva de las revistas.

Por entre los comentarios hiperbólicos del espectáculo, salían los nombres de los directores del mismo, aplicándose los consabidos autobombos y los inevitables elogios de las estrellas. Ada de Montigny, la «primerísima» y Ketty Larren, la segunda «primerísima» del espectáculo.

Cada día daba el rotulito luminoso la fecha



*indiscutible e inaplazable* de la inauguración, y cada siguiente, este plazo *discutible era discutido* y aplazado por motivos *técnicos*.

De estas complicaciones técnicas, precisamente, nacía la idea de que el espectáculo debía ser algo portentoso. Tanta complicación, ya tenía a la opinión que se preocupa de estas cosas más que intrigada.

Don José Flich, director artístico y a un tiempo empresario, a quien todos llamaban Pepe a secas, sin duda para ahorrarse el trabajo de pronunciar algunas letras más, era lo que se dice un tonto presumido, tan pobre de espíritu como horro de inteligencia y falto de pesetas.

En cuanto a sus adláteres, no tenían nada que echarle en cara, y hasta casi podríamos decir, que, con ser tan poca cosa, Pepe era entre ellos una especie de superhombre.

Por lo que respecta a las estrellas y a las infinitas chicas del coro, todas ellas, deliciosas e inteligentes, eran un verdadero encanto y bien podía asegurarse que su arte y su seducción harían todo cuanto no supieran lograr la falta de talento e inventiva de sus directores.

Pepe, director artístico, «per accident», había sido en sus ya un poco lejanas mocedades peluquero de señoras; el Mussolini de los peluqueros, y conservaba de su antiguo oficio ese amaneramiento afeminado que dá a ciertos individuos el constante roce con las damas.

Un empresario con dos estrellas a quienes contentar, es algo así como un turco con dos esposas que se odian de muerte. Por esta razón, el buen Pepe, tenía no pocos disgustos

que añadir a los muchos que ya le venían proporcionando los *incidentes técnicos*, ya mencionados, que en fin de cuentas, no eran otra cosa que una desconsoladora falta de pesetas para hacer frente a los infinitos gastos que la dichosa revista le ocasionaba.

Ketty estaba convencida de que valía mucho más que la Montigny. Esta, en cambio, mimada por la fama, encumbrada por el público que la había proclamado reina de las supremas elegancias, tenía para la segunda una olímpica mirada de desdén, cada vez que ambas se cruzaban en el escenario.

El buen Pepe, que, como vulgarmente se dice, había criado a sus pechos a Ketty, la había lanzado por el camino del arte, tenía una marcada predilección por su ahijada; pero en materia de negocios, no cuentan los afectos y los mimos todos eran para la Montigny, que debía atraer al público con el alucinante imán de su fama.

— ¡Qué imbéciles!... todos saben que yo hubiera cantado eso muchísimo mejor que ella! — susurró Ketty con despecho al oído de su protector al final de uno de aquellos fatigosos ensayos en que la Montigny acababa de cantar una romanza muy «chic», romanza que fué coronada con una cerrada ovación de todos los circunstantes.

— Estoy convencido de ello, hija mía — repuso Pepe con su atiplada voz y paternal acento que para hablar con su protegida empleaba—. Estoy convencido, te repito, pero para el público el talento no cuenta. Es como las alóndras, que se deja impresionar por el espe-



juelo de la fama. Y yo debo seguir los impulsos del público.

Aquella noche, Ada de Montigny hizo sentir toda su tiranía. Los autores de la letra le habían compuesto un cuplet estúpido.

—¿Quién ha escrito esta insensatez? — exclamó furiosa — ¡Esta letra ganaría el primer premio en cualquier concurso de cantos idiotas! Si quieren que yo cante, me han de escribir algo más original.

En el Palace más elegante de la capital se hospedaba el Creso de los empresarios del mundo. Mister Morris Brooks, director del mayor «trust» teatral de los Estados Unidos, quien pasaba más de la mitad del año en París, con objeto de contratar «estrellas» y atracciones que después enviaba a sus numerosos teatros de América.

Enterada de ello Ketty Larren y un poco cansada de ver que su protector le daba más muestras de cariño que puñados de francos para pagar el hospedaje de su modesta pensión, se fué en busca del empresario, siendo recibida por Jansen, su secretario, o mejor dicho, la víctima del irascible empresario, no tardando en ser conducida a presencia del adinerado Ogro.

—De momento no puedo decirle nada, señorita. Ya pasará yo por su teatro a ver algunos de los ensayos y después decidiremos. No obstante, como usted es bonita, a poco que se remonten sus pretensiones, algo podremos hacer.

Al mismo tiempo que en el despacho del empresario se sucedían los hechos que acabamos de relatar, en una habitación de ínfimo orden

de uno de los barrios de París, ocurría algo que en bien de la relación de nuestra historia no podemos pasar por alto.

El príncipe Sergio de Muranowsky, emigrado de Rusia, hermano de la linda Ketty, había llegado hacía dos días de Rumania, donde tenía pendiente de solución un pleito sobre unas minas. Sergio había prometido a la propietaria de la pensión que al regresar le haría efectivos todos sus atrasos, pero como quiera que no trajo más que muy buenas esperanzas, y con eso no se paga ninguna comida, la dueña del establecimiento lo puso en el arroyo, sin dejarle sacar su maleta.

Sergio hubiera ido a casa de su hermana, pero sabía que su situación no era ni mucho menos halagadora y un sentimiento de dignidad le impidió ir a llamar a su puerta, por lo que se pasó la noche rondando por los «boulevards».

Al día siguiente Ketty se presentó en el teatro radiante de satisfacción.

Le participo que muy pronto seré contratada por un empresario de verdad — dijo a su protector.

—¡Ketty... sus maneras rebasan la falta de respeto! — gritó indignado—. No olvide que yo soy uno de los directores más grandes de la época.

La discusión fué interrumpida por un empleado de la Compañía de Electricidad:

—Tengo orden de interceptar la corriente si no me pagan en el acto los recibos atrasados que traigo.

—¿Pero qué se habrán creído estos groseros empleados del flúido? ¡Me quejaré al pre-



sidente de la Asociación de Empresarios para que curse una enérgica protesta! ¡Un teatro no se puede dejar sin luz!... ¡Es un lugar público!...

—¡Cómo si se queja usted al Presidente de la República! Yo traigo una orden y no tengo más remedio que cumplirla — concluyó el electricista, enarbolando sus tijeras y encaminándose acto continuo hacia el contador.

Como esperaba Ketty, mister Morris Brooks no tardó en presentarse, si bien sus ensayos eran lo que menos le interesaban.

—Quiero que me diga donde se hospeda Ada de Montigny — exclamó, dirigiéndose a Pepe sin circunloquios, como quien ordena a un empleado.

—Señor, Ada de Montigny no es más que un pseudónimo, glorioso pero pseudónimo al fin y al cabo...

—¡Por vida de!... ¿Dónde se hospeda el pseudónimo, pues?

—Se hospeda en el lujoso, pero siempre poco digno de su espléndida persona, Imperial Palace, donde por cierto, lleva una vida muy ejemplar.

Iba el empresario a replicar con una enérgica contestación al empalagoso Pepe, cuando de improviso quedó la estancia sumida en tinieblas.

—Nada, mi queridísimo colega..., nada. Un minúsculo incidente técnico — exclamó Pepe con voz atropellada.

—¿Con que minúsculo incidente técnico...? ¡Un mayúsculo incidente pecuniario debería usted decir! — repuso Brooks coronando sus palabras con una carcajada. — Yo sé muy

Lien lo que es ésto... En mis comienzos tuve no pocos incidentes de esta indole por falta de... *técnica*.

Aquel día, mediante el desempeño de ciertas comisiones, Sergio había conseguido lo suficiente para pasar la noche, y a eso de las



ocho, se fué al Imperial Palace, donde pidió una habitación cuyo importe pagó por anticipado.

Al penetrar en el cuarto vió con sorpresa que encima de la mesa había un monedero, varias joyas y otros objetos de valor. La tentación fué más fuerte que su voluntad. Tomó el monedero y calladamente, salió por donde había entrado, creyendo no haber sido visto por



nadie. Con aquel dinero en el bolsillo, hasta se sintió optimista.

El empresario Brooks que desde hacía cinco años seguía a Ada de Montigny como el sol sigue a la sombra, vió salir al príncipe Sergio del cuarto número 141, que era el ocupado por la actriz. Esta, desde el cuarto de baño, por el espejo del mismo, había visto al ladrón y paralizada de terror, no acertó ni siquiera a gritar.

Brooks llamó en una de las dos puertas de la habitación y salió la doncella de la actriz.

—La señorita no está visible. Se encuentra en el baño en estos momentos — repuso la fórmula.

—¡Eso no reza para todos! — rezongó alejándose de mal humor, yendo al vestíbulo del hotel, donde se sentó con el decidido propósito de esperar a aquella mujer cuyos desdenes le tenían a dos dedos de la enajenación mental.

Tan pronto como sus piernas pudieron ponerse en movimiento y su voz articular sonidos, Ada avisó a la gerencia del hotel, anunciando que acababa de ser robada.

El gerente del establecimiento subió a las habitaciones de la actriz, corriendo como un gamo.

—Hemos avisado a la policía, señorita; pero, eso a usted no debe interesarle. Hemos observado que ha habido un cambio de llaves y el Hotel se hace responsable de todos los perjuicios que se le hayan podido ocasionar. Le ruego pues que lo indique y se le dará en el acto la suma perdida.

Sergio de Muranowsky, con el bolsillo bien

repleto, echaba sus cuentas. Pensaba que con aquella suma que de tan providencial manera había venido a sus manos podría muy bien liquidar con su antigua patrona y hasta permitirse el lujo de cambiar de pensión, en espera de que el tiempo modificara el curso de su vida, pensando para sus adentros que no hay mal que cien años dure y que, por consiguiente, no tardaría en salirle algún empleo decoroso.

Al llegar frente al «Dancing's», se detuvo, curioso, ante la fachada, leyendo los rótulos luminosos de la misma. En un lado aparecía el nombre de Ada de Montigny y en el otro el de su hermana, en letras mucho menores. Tentado estuvo de entrar a verla, pero pensó que a aquella hora quizá se hubiese retirado y decidió aplazar la visita para el siguiente día.

De pronto, de uno de aquellos rótulos, le pareció que brotaba la palabra: ¡ladrón!, que los ojos de todos los transeuntes se fijaban en su persona. En vano trató de apretar el paso. La palabra ¡ladrón!..., ¡ladrón!, repercutía en sus oídos con un martilleo constante. El remordimiento que le asaltó de pronto, le atenazaba la garganta como una cuerda de cáñamo y por momentos se sentía desfallecer.

En esta situación se acercó al primer teléfono que encontró y pidió comunicación con el Imperial Palace, cuarto 141. Puesto al habla con el ocupante de la misma, comenzó así:

—La he llamado para decirle que... aun cuando le haya robado su dinero... en un momento de rebeldía contra la miseria que me



acosa..., que me persigue..., yo no soy un ladrón... y quiero restituírselo...

Al llegar a este punto, su voz, que ya era entrecortada, se apagó por entero. Se le hizo un nudo en la garganta y no pudo continuar.

Ada de Montigny se representó entonces al ladrón tal como lo había visto por el espejo. Un muchacho alto, elegante, bien parecido, y se le representó también el drama de su vida de hombre de posición que en un momento de obcecación llega casi al límite de la locura. A decir verdad, sintió por su ladrón una profunda pena y no poca simpatía.

—Siga, siga; ¿qué le pasa a usted? — preguntó al notar que se había callado de pronto.

—Dígame su nombre y se lo mandaré todo ahora mismo, con un «continental».

—Lo que usted pretende no es correcto, señor mío — repuso Ada que ante todo quería encontrarse frente a frente con aquel joven, cuyo gesto le llenó de viva curiosidad. — ¿No se ha llevado usted el monedero? ¡Pues usted es quien debe devolverlo!

Sergio pensó para sus adentros que aquello era un lazo y murmuró:

—He podido tener un momento de locura, pero no cuente con que tenga otro de estupidez.

—Ya comprendo..., tiene usted miedo... Le doy mi palabra de honor de que no he de denunciarle. Le esperaré en el vestíbulo del hotel...

Sergio, colgó el auricular sin decir si iría o no, y Ada, convencida por el acento de sinceridad que había sorprendido entre sus entrecortadas palabras de que se hallaba ante un

hombre bueno, ante un verdadero caballero, apresuró su tocado, para encontrarse con el simpático ladrón.

Cuando llegó Sergio al vestíbulo del hotel, hallábanse en él dos policías, llamados por el dueño, y el empresario Brooks. Los cuatro sostenían en aquel momento animada conversación sobre lo que acababa de ocurrir.

Cuando Brooks vio a Sergio, murmuró al oído de uno de los policías:

—Este es el joven que yo he visto salir de las habitaciones de Ada. No me cabe la menor duda de que este es el ladrón.

El policía se adelantó hacia el joven y lo llevó a un rincón de la estancia.

—La coincidencia de que se le viera salir de las habitaciones de la señorita de Montigny, unos minutos antes de que ésta denunciara el robo, nos induce a detenerle.

Ante aquella acusación del policía, que tenía fuertemente atenazado por un brazo, Sergio se sintió desfallecer. Indudablemente la actriz lo había delatado, en contra de lo que momentos antes le había dicho. No obstante, no se dio por vencido, y con toda la altanería propia de su elevada estirpe, repuso:

—¡No comprendo como una simple coincidencia puede autorizar a ustedes para causar la menor molestia al príncipe Sergio de Mura-novsky!

—Para nosotros no hay príncipes ni cuentos de hadas que valgan... sino un hombre que yo he visto casi con las manos en la masa — gruñó Brooks acusándole directamente.

Ya iba el joven a cantar de plano, cuando Ada de Montigny al ver el gesto que éste ha-



cía para entregarle el monedero, la estrella le cogió por la mano y le obligó a mantenerla en el bolsillo de su americana.

—Mister Brooks, usted es sin duda un excelente hombre de negocios... pero todos los sentimientos humanos le son desconocidos.

Envolvio al empresario en una mirada de desprecio que le dejó anonadado y a continuación, se dirigió a los policías:

—Supongo que tengo derecho a recibir en mis habitaciones a quien se me antoje... Pero de todos modos, por el buen nombre de este caballero, no quiero dejar este incidente sin la debida aclaración: ¡Este joven es mi novio!

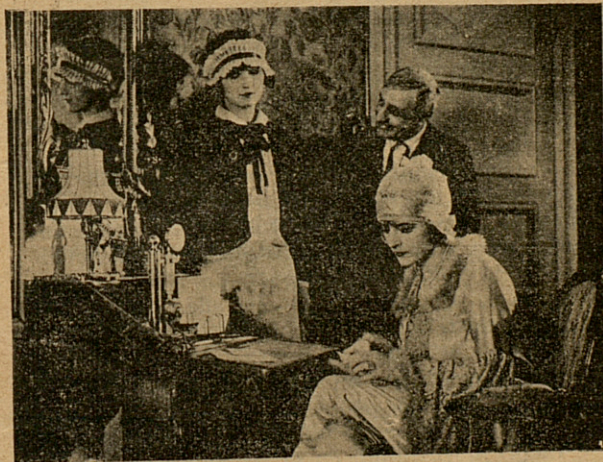
Ada tomó del brazo al joven, con la misma naturalidad que si lo hubiera conocido toda la vida y Sergio se dejó conducir por la encantadora mujer, sumido en un mar de confusiones. No acertaba a comprender como Ada comprometía su reputación por salvarle a él de la deshonra; a él que al fin y al cabo era para ella un perfecto desconocido...

—Señorita..., estoy tan confuso..., tan avergonzado — le dijo una vez en su habitación—, que si no he sabido resistir a la miseria, le juro que sabré resistir al deshonor... Acaba usted de hacerme un favor que nunca creí tuviera valor de hacerlo una mujer...

—Yo no le he hecho a usted favor ninguno, por la sencilla razón de que pienso cobrármelo con creces. Soy una mujer sola, sin nadie que me defienda. Desde este instante, lo instituyo en mi caballero andante. Sé que tiene usted corazón y eso me basta para no preguntarle nada más — concluyó con una sonrisa que cautivó por entero al príncipe.

—Yo siento no poder acceder a lo que usted me pide. Cuando un Muranowsky hace lo que yo acabo de hacer, no puede olvidarlo nunca, ni seguir viviendo...

—¿Y si este príncipe se halla obligado por



los lazos del agradecimiento a velar por una mujer indefensa?

Ada tomó una de sus manos y acercando su rostro a la cara del príncipe, dijo mimosa:

—Príncipe: ¿me dá usted su palabra de honor de que no atentará contra su vida? Mientras no lo haga, no le dejaré salir de aquí.

Sergio bajó la cabeza, seducido por aquella mujer, la más desconcertante que había conocido en su vida, y se resignó.



—No olvide — le dijo ésta — que tengo su palabra de honor. Además, en momento de ofuscación, lo tiene cualquiera en sus circunstancias, y la segunda acción, el rasgo que usted ha tenido al restituir, le redime de sobras ante mí; y de la misma forma debe redimirlo ante su conciencia.

En el mismo instante en que Ada salió con el príncipe para conducirlo a sus habitaciones, Brooks, para quien la presencia del joven representaba un obstáculo a sus lividinosos deseos, ciego de furor, mandó llamar a su secretario.

—¡Despiértelo aunque esté durmiendo y díganle que se presente al instante, que necesito hablar con él! — y acto seguido, comenzó a pasear a grandes zancadas por el «hall», cual una fiera enjaulada, contando los minutos que duraba la entrevista de la «estrella» con el que suponía su rival.

—¡Ese miserable se figura que aun existen los esclavos! — soliloqueó el buen Jansen mientras se vestía en cumplimiento de la despótica orden de su principal.

Llegó al vestíbulo en el momento en que el príncipe lo atravesaba, llena su alma de un dulce sentimiento que no sabía como definir.

—Estoy a sus órdenes, señor Brooks — exclamó el secretario.

—Es verdad... no me acordaba. Puedes retirarte, que ya no te necesito — articuló con voz sorda, sin darle más explicaciones, como si su secretario hubiese sido un perro.

Aquella grosería no era más que una de las muchas que a diario se veía obligado a soportar el celoso Jansen, e iban colmando la pa-

ciencia del buen hombre, hasta ponerle casi al borde de la desesperación.

Brooks, como si la grosera actitud observada con respecto a su secretario hubiese sido la cosa más natural del mundo, remontó las escaleras y penetró en la habitación de Ada de Montigny.

—Ada, vengo a usted como un mendigo... Pronto hará cinco años que me arrastro a sus pies, esperando un día y otro que se ablande su corazón...

—¡Veinte habría de arrastrarse y no tendría para usted ni siquiera una palabra de aliento...

—Cuidado, Ada..., podría ser que Morris, el omnipotente, se cansara de su papel de postulante y le obligara a ceder por la fuerza... ¡No olvide que tengo mucha influencia en la vida teatral; y puede ser que usted sea la que se arrastre delante de mí cuando ya no haya remedio!

—¡No me causan pavor sus bravatas!... ¡Si ha venido para repetir su eterna cantinela, puede usted retirarse!

Brooks se retiró, pero como no era un hombre que se diera por vencido, desde aquel instante se juró a sí mismo vengarse de la ingrata; reducirla a la miseria ya que su dinero le daba para ello sobrados medios.

Luego que hubo salido el empresario, penetró Jansen en el cuarto de Ada, a contarle sus cuitas. Era la «estrella» una íntima amiga suya, le debía infinidad de favores, y parecía que al explicarle sus penas encontraba algún alivio.

—¡Ah!, si no fuera porque tengo mujer y



cuatro chiquillos que alimentar, créame, Ada, no comería el pan de este mónstruo que tan amargo sabe... — murmuró el desdichado—. Mi esposa me encarga le dé las gracias por el último regalo que ha hecho al niño, su ahijado.

—Venga a verme mañana, Jansen; quizá yo tenga algo mejor que ofrecerle — repuso la «estrella».

—Usted es mi ángel tutelar, Ada; descuide que no faltaré.

Al día siguiente, Morris, se informó por la policía de quién era Sergio y los informes, no pudieron ser más alhagadores. Siguiendo el plan que se había trazado mandó a Jansen, que ignoraba quien pudiera ser el tal príncipe, que lo contratara de manera que no le fuera posible rehusar, como director de una «troupe» de Sud América, dándole dos días de plazo para embarcar.

Sergio firmó el contrato que era para él una solución inesperada y tan pronto Morris tuvo la firma en su poder, se encaminó al flamante teatro «Dancing's», para llevar a cabo la segunda parte de su venganza. Pepe había conseguido solucionar el conflicto con las «exigentes compañías del flúido», y los ensayos estaban en todo su apogeo cuando se presentó el empresario. Tan solo faltaba la señorita de Montigny que aquel día tenía un retraso inexplicable.

Ketty estaba contentísima. Había recibido una carta de su hermano en la que le daba cuenta de que muy pronto les serían restituidas las minas de Rumania y le anunciaba su próxima visita.

En vista de que la Montigny tardaba, para no retrasar más los ensayos, se encomendó a Ketty el papel de la «estrella», y a decir verdad, demostró que nada tenía que envidiar a la mimada por la fama.

—¿Lo ve usted? — le dijo a su protector — ¡Mejor que la Montigny!

—¡Pobre Ketty!... Se lo he dicho y se lo repito... ¿Qué importa el talento?... ¡El nombre es lo único que cuenta para mí!...

Morris Brooks le puso en aquel instante una de sus manos de oso sobre las espaldas, diciéndole:

—He pehsado que por más que haga, no podrá usted inaugurar nunca este hermoso «Dancing's» que todo París espera... Y estoy dispuesto a ayudarle, pero ante todo, pasemos a su despacho.

Así lo hicieron, y una vez en él, el Cresco americano reanudó su interrumpido discurso.

—Yo haré que acaben sus accidentes técnicos, pero con la condición de que retire el papel de la protagonista a la Montigny.

—¡Caballero!...

—¡Sí... o no! ¡Conteste!

—El caso es que...

—Por segunda y última vez. ¡Sí... o no!

—«Poderoso caballero es Don Dinero» — exclamó resignado Pepe—. La cantidad decidirá.

—Lo decidirá, no lo dude. Llame al momento a esa joven que estaba haciendo «la som-



bra» (1) de la Montigny y confíele el papel en definitiva.

Pepe mandó llamar a su protegida y mientras tanto, Morris, extendió un cheque, en el cual la unidad iba seguida de bastantes céntimos.

—Ketty, ya sabe usted lo que yo le he dicho siempre — murmuró ruborizándose el director —. ¡Lo que cuenta es el talento!... La fama sólo sirve para la primera noche, y luego se esfuma el éxito, como la espuma del champañ... Yo quiero que el triunfo de mi revista sea definitivo y le confío a usted el papel de la Montigny; bien entendido, desde luego, que no reclamará aumento de honorarios.

Dejemos a Ketty pregonando a voz en grito que le habían asignado el papel de la primera actriz, circunstancia que hizo poner rojas de envidia a no pocas de sus compañeras y pasemos a la habitación de Ada, cuyo retraso obedecía a la visita del príncipe, quién, colmado de alegría, había ido a comunicarle su ventajoso contrato para América y la noticia recibida últimamente por telégrafo de que la restitución de sus minas era un hecho consumado, acordado ya por el gobierno rumano.

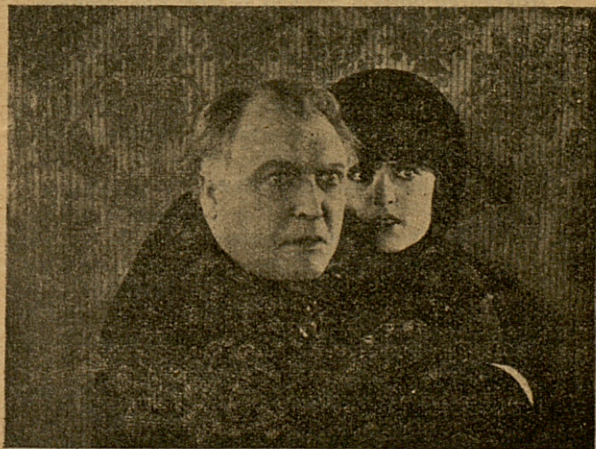
—Mañana mismo — concluyó, debo embarcarme para Buenos Aires.

—¿Y no le retiene a usted nada en París?

— preguntó Ada con tristeza.

(1) Nombre en que en el teatro se designa al que suple en un ensayo a cualquiera de los que toman parte en la obra y se hallan ausentes.

—No me atormente..., no puedo contestar hoy a esa pregunta... Cuando vuelva, cuando sea digno de usted y pueda ofrecerle una fortuna y un nombre rehabilitado ante mí mismo, entonces hablaremos. Ahora permítame que vaya a contar todo ésto a una hermana



que tengo aquí, en París, y al mismo tiempo, a despedirme de ella.

Tras el príncipe, penetró Jansen en el aposento de su amiga. Como la encontrara algo triste y le preguntara las causas, Ada contestó:

—Figúrese usted, amigo mío; es la primera vez que amo y no soy correspondida. Ahora



conozco por experiencia lo que es ésto que tantos me han dicho a mí.

—¡Imposible!... ¡El feliz mortal que usted ha elegido miente como un bellaco!

Continuando las confidencias supo Ada que el príncipe había sido contratado por Morris, y ya no le cupo duda de que trataba de alejarlo de ella, fuera como fuese.

Adelantémonos a Jansen y Ada que emprendieron el camino del teatro y metámonos de rondón en éste, en uno de cuyos camerinos Sergio daba cuenta a su hermana de los últimos acontecimientos que le habían sucedido.

—Mi colocación, en efecto, es estupenda —decía el joven—, pero tengo que salir mañana mismo de París, y, la verdad, me causa bastante pena...

—¡Tú estás enamorado, hermanito! —musitó Ketty con una risa picaresca.

—No tengo porque ocultártelo a tí. Sí, estoy enamorado como un colegial... Con todas las fuerzas de mi alma... Y tú la conoces; es tu compañera Ada de Montigny.

—¡Oh..., y yo que acabo de causarle uno de los perjuicios más grandes de su vida!... Me han dado su papel en «¡Oh, Girls!»... Mister Brooks ha inundado de dinero a nuestro empresario para que la separara de la compañía.

A la salida del camerino de su hermana, Sergio se encontró con el odiado Morris.

—Se ha cruzado usted dos veces en mi camino, Morris... ¿Le interesa a usted que sea la última! —dijo Sergio con enérgico acento, haciendo ademán de pegarle.

Morris le miró de pies a cabeza, y sin con-

testarle, se metió en el camerino de Ketty, con la santa intención de desprestigiar a su hermano ante sus ojos.

Antes de franquear el umbral del teatro el príncipe se dió de manos a boca con Ada y Jansen, y mientras éstos se explicaban mutuamente los hechos que dieron como resultado el conocimiento de que Morris los movía a unos y a otros a impulsos de sus deseos, cual peones de ajedrez, el «rey de los empresarios», siguiendo su plan de venganza, explicaba a Ketty, desfigurando los hechos, desde luego, el conocimiento de Ada y su hermano, a quién retrató como a un consumado ladrón.

El golpe que con ello recibió Ketty, no es para descrito. Adoraba a su hermano, era el único afecto que le quedaba en el mundo y para ella, Sergio, representaba todas las perfecciones humanas encerradas en un solo hombre. Mientras la infeliz muchacha seguía anegada en llanto, veamos lo que sucedía no muy lejos de su camerino.

—¿De modo que Ketty es su hermana? —preguntó Ada al príncipe.

—Y crea usted que lamento que sea ella la que le ha causado tanto perjuicio, porque ha de saber que el canalla de Morris ha sobornado al director y le han confiado a ella su papel.

—Prefiero que sea para ella, antes que para otra. En cuanto al director, yo le aseguro a usted que me oirá... ¡Vaya si me oirá!... La culpa no es de su hermana, puesto que yo en su lugar hubiera hecho otro tanto. ¡Pero, ese repugnante don Pepe!...



— Yde Morris me encargará yo — añadió colérico el príncipe.

— Lo de Morris déjelo por mi cuenta y no se comprometa usted, Sergio. Es un asunto exclusivamente mío, que espero resolver por mí misma. Si así no fuera, ya reclamaría su auxilio. Y, ahora — dijo Ada —, perdóneme unos segundos, que voy a retirar algunos utensilios de mi camerino.

Tan pronto como Ketty tuvo noticia de que la «estrella» se encontraba en su cuarto fué a presentarle sus excusas:

— Perdóneme usted, Ada; el daño que le he causado. Si yo hubiera sabido la amistad que le ligaba con mi hermano habría rechazado el papel que, desde luego, vuelvo a poner a su disposición. Brooks me ha contado ciertas cosas... y ¡francamente, no puedo!...

— ¿Se atreve usted a dudar de su hermano?

Iba Ketty a responder, cuando se oyó la voz de Sergio.

— Necesito hablar un momento contigo — le dijo desde fuera del camerino, y ambos se encerraron en el de la joven.

— No debes perjudicar a esa mujer; no sólo porque la quiero con locura, sino porque tengo con ella motivos de agradecimiento que no son del caso explicar... ¡Le estoy sinceramente obligado y tú debes corresponder por mí!

Al oír estas frases que eran una confirmación de cuanto Morris le había dicho, Ketty prorumpió en sollozos, diciendo:

— ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Brooks tenía razón, no eres digno de ser mi hermano! Rechazaré el papel.

Pero estas últimas palabras no pudo oírlas

ya el príncipe. Poseído de ciego furor abandonó la estancia y marchó en dirección al domicilio del odiado empresario, dispuesto a infligirle una corrección que le dejara eterna memoria. El hecho de que lo hubiera desprestigiado ante Ketty llevó su indignación al paroxismo.

Al mismo tiempo que el príncipe, y por caminos distintos iban, también, Ada y Jansen. Este al llegar al hotel comenzó a separar sus papeles. ¡No quería continuar ni un segundo más al servicio de semejante monstruo, aun cuando su familia tuviera que quedar en la miseria!

En esta situación le sorprendió el empresario.

— Parece — le dijo — que ha olvidado usted que cuando un hombre está a sueldo de otro es un esclavo absoluto... ¡Me he enterado de que visita a la Montigny!... ¿Qué fué usted a contarle? — bramó arrojándole a la cara todos los papeles que tenía ya separados y que fueron a esparcirse por el suelo.

¡La autoridad del jefe termina donde comienza la dignidad del empleado! — replicó Jansen fuera de sí. Yo soy un hombre de honor, y, por consiguiente, no puedo hacerme cómplice de sus felonías...

— ¡Miserable... salga inmediatamente de mi casa!

— ¡Así es como recompensa mis veinte años de «esclavitud», como usted dice.

— ¡Salga de aquí si no quiere que lo eche a patadas como a un perro!

Morris hizo ademán de unir la acción a la palabra, pero en aquel momento oyeron a sus



espaldas la voz de Ada de Montigny, que decía:

—Mister Morris: de los tres que estamos aquí... ¿quién es el que se ha portado peor que un perro?

—¡Usted... que me ha enloquecido con sus inexplicables desdenes — gruñó el empresario. ¡Una palabra de aliento... y abro los créditos que sean necesarios para la empresa del «Dancing's»!... sin exigir nada de ella, en cambio...

—La empresa del «Dancing's» me interesa tanto como usted, que es lo menos que una cosa puede interesarme.

Brooks, con los ojos encendidos, fuera de sí, babeando de ira, se fué acercando hacia la artista, al par que alargaba sus manos de orangután, como si quisiera estrecharla.

—Te he deseado con toda la vehemencia del hombre que ha logrado dominar la resistencia del mundo... con la fuerza de quién jamás conoció un dique capaz de detener sus pasiones y de grado o por fuerza ¡has de ser mía!

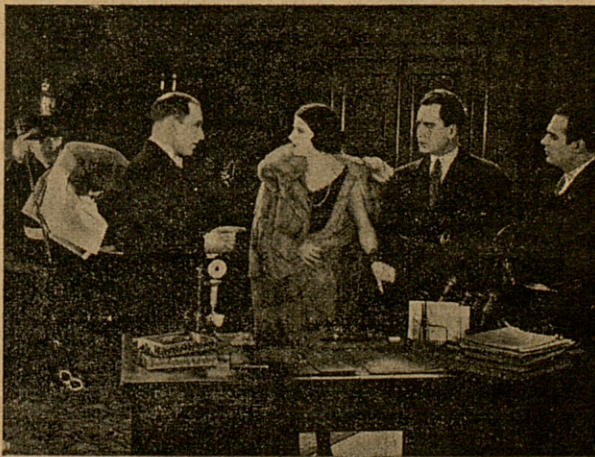
La «estrella» sacó un revólver de su monedero y mantuvo a raya al infame.

—No me asustan sus amenazas... ¡Hay un hombre valeroso que vela por mí y sabrá defenderme!...

—¿Quién... el ladrón?... ¡Ese hará muy bien poniendo tierra por medio! ¿Te imaginas que no sorprendí tu complicidad para salvarle?... ¡Pero os encerraré a los dos en la cárcel!... ¡Tú no conoces todavía el poder omnipotente de mi dinero!... ¡Te encerraré, te hundiré... y te estrangularé! — vociferó adelan-

tando aún más y extendiendo sus uñas, semejantes a garfios.

Ada iba a disparar, pero en el momento de ir a apretar el gatillo, vió que por las cortinas de una de las puertas asomaba un arma y casi



al mismo tiempo, cayó Morris al suelo, sin pronunciar una palabra.

Ada, sin preocuparse de guardar su revólver, se arrodilló junto a su enemigo dispuesta a auxiliarle y en esta actitud fué sorprendida por Sergio, que como sabemos iba también a ajustar sus cuentas, y que al oír el ruido de la detonación, se precipitó, llegando antes que los criados.

Tomó la pistola de manos de su amada, sin



que ésta ofreciera resistencia y al llegar la policía, se confesó autor del delito. Una y otro fueron conducidos acto seguido a presencia del juez, en unión del revólver. El magistrado lo examinó y al ver que sus cápsulas estaban intactas no pudo reprimir un movimiento de extrañeza.

—¿Es usted quién ha disparado contra el señor Brooks?

—Sí.

—¿Y con qué arma?

—Con esa misma — repuso sin vacilar, señalando el revólver de Ada, que se encontraba sobre la mesa.

—¿Tenía usted intención de matarle o simplemente de herirlo, como afortunadamente ha sucedido?

El juez repitió la pregunta dos veces más sin obtener contestación.

—Perfectamente... ya contestará usted otro día. ¿Qué motivos le han impulsado a disparar contra él?

—Permítame que tampoco conteste a esta pregunta.

—¿Y usted, señorita, ¿conoce los motivos que impulsaron a este joven para cometer el atentado?

—Las declaraciones del príncipe son completamente falsas, señor juez. ¡Fuí yo quién disparó contra mister Brooks!

—¿Y con qué arma disparó?

—¡Con esa misma, que el príncipe me ha cogido, sin duda, para declararse culpable!

—¡Ah!... ¿También usted disparó con este revólver? —inquirió el juez con aire zumbón.

Un empleado de los que tomaban las decla-

raciones por escrito y que había dejado la pluma para acercarse al teléfono, habló al oído del juez.

—Basta de farsa, señores... Que se quieran ustedes mucho y se den mutuas pruebas de abnegación, me parece muy bien..., pero que traten de engañarme... ¿Cómo es posible que los dos hayan disparado con este revólver, cuando todas sus cápsulas están intactas? Vamos... la verdad de una vez.

—Así pues, ¿no fué usted? —interrogó el príncipe a su amada?

—¿Yo?... Pero si estaba convencida de que había disparado usted desde detrás de la cortina.

—¿De modo que se ha acusado por salvarme?... ¡Qué buena es usted, Ada!

—En todo caso, no he hecho ni más ni menos que usted...

—Sepan ustedes, señores tórtolos, que quién ha disparado contra Brooks ha sido su secretario Jansen. Acaba de telefonarlo él en persona. Y también debo decirles que el señor Brooks sólo se encuentra ligeramente herido y ha pedido que no se persiga a su secretario. Por lo demás, les ruego, que si en lo sucesivo tienen la desgracia de verse en un trance análogo, no traten de acusarse de culpas que no han cometido; no suele tener siempre tan buenas consecuencias como ahora.

El destino de una parte y de otra los buenos dólares desembolsados por el Creso de los empresarios, permitió que don Pepe llevara a feliz término su revista, con un éxito que sobrepasó los optimismos del ilusionado director.

—¡Hijas mías! —murmuraba aquella noche



don Pepe, mientras pagaba algunos de sus sueldos atrasados a las chicas del coro—¡Gracias a Dios espero que podremos comer todos durante una buena temporada! Si ésto no llega a salir así, ya me estaba yo viendo de peluquero en una prisión de señoras.

Ada de Montigny que había vuelto a tomar su papel, hablaba con su prometido, el príncipe Sergio.

—En cuanto se retire esta revista del cartel, abandonaré el teatro.

—¿Después de este éxito tan formidable?

—Precisamente. Quiero retirarme en el apoteosis de mi gloria, para dejar un buen recuerdo y casarme contigo, que entonces ya tendrás tus dichosas minas. Si no fueras tan orgulloso, claro que nos casaríamos antes... ¡Pero como tienes estas ideas!

—¿Y a quién aclamará el público de París en cuanto tú te retires?

—A tu hermana, que está hecha una artista... ¡Digo!..., si es que tú la dejas trabajar...

—Si es su vocación y tiene éxito, ¿por qué no? —concluyó Sergio estrechándola en sus brazos.

FIN



8. 19-2-6/8

*No deje de comprar se-  
manalmente*

# PELÍCULAS

*la única novela cinemato-  
gráfica que publica los ar-  
gumentos de los films más  
importantes y de más pal-  
pitante actualidad*



